EN París, Marlon Brando y María Schneider; en Barcelona, Eric Barbey y Guillermina Vitta. Perdemos las dientes reales y convenciones que segura ambas ciudades y ambas parejas. Por ejemplo, Marlon Brando termina la sección del tango con una magistral balada de pantomimas, Barbar, no. Para un cierto eje París-Barcelona en este "revuelo" del tango, que llega precisamente cuando esta canción pertenece casi exclusivamente a la literatura taxidermista de las academias de baile y el canto vivo en los bailes de la nostalgia o trata de prender nueva llama en los cuerdas de las guitarras "compositoras" argentinas.

Para un europeo el tango nunca ha sido otra cosa que el espectáculo de la tristeza ajena, o la tristeza ajena convertida en un espectáculo teatralizado. Para un argentino, por ejemplo, para Ernesto Sábato, el tango es otra cosa, otra cosa muy importante. "Los millo-nes de inmigrantes que se precipitan sobre esta tierra en manos de críos, no solo argüen dos atributos del nuevo argentino que es el resentimiento y la tristeza, sino que preparan el advenimiento del fenómeno más original del Pinta: el tango. Esta afirmación es una de las más importan-tes escritoras argentinas de estos últimos lustros, inicia un libro sobre la cuestión hasta ahora escrito. En él encontramos valiosas y valiosas opiniones sobre el tango. Una de ellas puede cons-tituir el prólogo de todas las demás: "Sin embargo, no se puede asegurar que no haya escritores argentinos desinteresados del tango o del mundo que lo hice nacer, desde fray Mocha a Leopoldo Lugones". Y el mismo opuscolo llega a decir: "Muchas piezas admirables de nuestra literatura no son sino letras de tango idealizadas."

Es cierto: siempre ha habido mucho interés entre tango y literatura. Lugones se ataca a la chica tanguista:

Chica que arrostras en el tango con infalibles un tanto corsi,
la desidia de "Fie de Fango" tornada en verso de Contursi.

Y, en cambio, en un tango de Enrique Cadamuro se cita una estrella de Rubén Darío como estaria:

Jeovat, divino tesoro, te fusile para no volver,
como quien llora a lo llore y a veces llorar sin querer.

Entón Santos Díaz-Cane, el más afortunado letrista de la historia del tango, dijo que era "Un pen-samiento triste que baila". Sexo, descuento, bananera y materialista, cuatro de las apartadas del estudio de Sábato, también componen una buena definición del tango. Este calle y este canto, nacidos, según parece, en los mercados el aire libre formados por carretas y en los que confían la vida cotidiana, el campechano y los inmigrantes, con su marginada subnormalidad, diario rítmico y musical, y a un pueblo y crear una imagen de exportación que llegaría a Europa en los años anteriores a la primera guerra mundial, pero trunfarían, madurarían y se agran-varían en el período de entregue- rías. Blasco Ibáñez retrató en Los cuatro jinetes del Apocalipsis el asperdor tanguista del Paris ale-TEAMO y fantasía, cuyo fue supu- rado por el estallido de la guerra. El tango era, como la danza o el canto, un fruto, una vez sentimen-tal, que sorprendía al paladar europeo. Para cualquier argentino era la expresión de un alma nacional, en la que confiaban todas las no- tas de la cultura marginal. Para un europeo era una novedad y la caricatura de los sentimientos más primarios. Curiosamente, la Europa de 1973 ha vuelto al tango cuando ha que-rida reírse de su propia fragilidad sentimental. Porque no me equivo- co, de eso se trata y en eso estamos.

Por los cerros de Vietnam

Bertuccio trata de descubrir en "El último tango en París" que basta ponerse una corbata, palar- se con paínes y tratar de enseñar el canto de identidad a una muchachita, para que el más fijo y melancólico de los anuncios se transforme en un molesto intento de liga en, una historia vulgar que puede culminar con el acompañamiento del banderín. "La vida es un tango", declaran los cielorros, y según como el libro, no hay ningu- na otra. La vida y la política, la moral y la historia. No hay gusto sublime que no admite su contrario. La ambigüedad del com- portamiento ha sido un desdibujamiento de larga gestación y de reciente exposición en las siestas, o nunca nueve artes homologadas.

Rendendo una película de la "novo- va veja", la pesca smoke. Tam- bién era un hermoso tango. Los protagonistas pertenecen a la cas- ta intelectual acomodada. Han ad- quirido esa difícil manera con la que las gentes más inteligentes guardan su propia distancia a toda clase de realidades. Y, en bens- go, liquidan sus conflictos inter- personales a tiro de carabinas, a trazos. Y al coñecido hay una pronun- cia corriente biológica que recla- ma el estudio del hombre como una animal más y rechaza la mixtil- ción hidro, estudios antropológi- ca, que ha subdividido el reino de la vida en áamos, yomatomas y homb- ros. Se quiere ser descubrir en que ración del cuerpo ante la ar- mada de pequeñas fuego oculto en los volatiles egipcios.

Hay una hora y una extensión de confianza del hombre moderno ha- dimo el mismo. Entre psicologías, marxistas, fiscos y bielos, han cogido para arriba aquella antropo- tica caseta con jardín, labora- rmente construida por la burguesía victoriana, a manera de caseta de porco situada al Este del Eden donde refugianse el hombre provin- diencial en su perpetuo recorrido por las artes y el absurdo. Si Bertuccio creyera en el hom- bre con la fe de un Vittorio de Sicí en Milega en Milán, habría terminado su pelíci sin noc- tamos a Marlon Brando con cor-
M. Vázquez Montalbán

bana y cantar de identidad. El espa-
ñolet que le ha visto sue-
cos, con la mirada extraviada por
el dolor y la tristeza, con la bruta-
talidad más estreñida a flor de
piel, no puede tolerar que de prono-
to se convierta en un hombre nor-
mal y corriente, casi viejo, que
perige a una muchacha que po-
dría ser su hija.

Sí, la menor piedad, Bertolucci ha
creado el encantamiento del misterio, y lo desvela en un sim-
ple fundido para mostrar a conti-
nuación la tremenda vulnerabilidad en
que puede ir a parar la historia
una vez terminada. Se lo podría
quitarse a Martin Brando:

Paseando en las calles... de in-
[ante o en auto,
sea todo un jaleo de corto
[sale de bar]
[el último grito de corto
[ya se ha
[trabajón, vicio palmera, color de an-
[trago]
[Claves... ¡ven las doces!... ya
[estás de pasea...]
y haciéndole el bocinazo, ráuido
[dulce,

te tirás el lance con las colas
[y andás con pastilla para el co-
[ración

Esta desconfianza ante las ges-
tos puede ser el principio del fin
dela religiosidad, y por ahí ten-
dría una consecuencia pasiva.

Pero también puede ser la culmi-
nación de un escéptico nació
como consecuencia de la segunda
«belle époque» europea, aparente-
mente interrumpida por el mayo
frances, Bertolucci que por su sen-
sibilidad y voluntad crítica era uno
de los exponentes de aquella mazcla
de anarquismo, marxismo y James
Joyce que conformaba la joyera
artística de la revolución política,
parece cansado de que Pompidou
esté en 1973 casi donde estaba
en 1957, y que Andreotti esté don-
de estar el «tándem» Moro-Ner-
ni, o que las leyes del divorcio,
del aborto, de la libertad de pres-
sa, estén como estaban en 1945.

El asaspe europeo es angustioso
por lo que se ha producido, y no todos
los días se levantan los artistas a in-
telectuals con armas para com-
probar el movimiento del mundo y
la historia en los cerros de Viet-
nam. Los cerros de Ushuaia de la «in-
teligencia» europea.

Cada cosa en su sitio

Pero si Bertolucci o Maurice de
Bellorencourt descubren que se han
frustrado las grandes esperanzas
de 1945, qué podrán decir los
Intelectuales argentinos que des-
cubren de pronto que las cosas
están donde estaban antes del gol-
pe de Estado «descamisado» que
llevó a Perón a la Presidencia?

¿Quién puede pagar la hermo-
sura de un probable tungo baila-
do por distintas parroquias de los
que discuten el realismo monta-
ño entre Estados Unidos y Europa?

Deja por qué está enredada con su negro compadre,
que no ha cosido una hombrada
para tenerla mimada
y que le quiebra por qué.

Perón cantó desde la Roca Tai-
paya:

Yo advierto el parpadeo de las luces que a lo lejos
van marcando mi retorno...

Son las mismas que alumbraron con sus páldidos reflejos
horribles lúgares de dolor.

Nixon canta a la vieja Europa
una canción de resaca:

Arriézate al fogón, viejo, aquí
[a mi lado]
y enséñame un cimarrón para que
[no lo olvides]
[triunfo esa estrella, que el
[fuego se ha apagado,
resuelve algunas brasas y cebo
[iluminado con amargo]

¿Acaso no tiene aire, tosos, ve-
ces de tanto mucho de lo que
sirve de justificación política,
con lo que se dice lo que se quiere de-
sir, sin que nadie se entere exacta-
mente de lo que realmente se dice?

Como una chispa
[de pan cubierto,
[vas por la chonta
[del vago arriba,
[puerta blanca, tierra pulpa
[del rejoso chutra real
[vienen paldulas
[chuntas de invierno,
y algo me dice: vas a liberar.

La parodia de los grandes com-
partimentivos cabe cuando se hue-
le la chamarra de la inquisi-
tividad. En el secreto de la historia
política sólo están los que han
aprendido a hacer trampas, y en
el secreto de la conducta perso-
nal sólo están los «medios»
de la medicina o la religión. Frente a esa
impotencia participativa, ¿qué me-
nces que un tango? ¿Qué menos
que la defensa de la parodia de
todo lo que ha intentado conver-
tarse en corao envarado del com-
portamiento?

... Sin la menor piedad, Bertolucci ("El último tango en París") ha creado el encantamiento del misterio, y lo desvela en un simple fundido para mostrar a continuación la tremenda vulnerabilidad en que puede ir a parar la historia una vez terminada...
BRANDO, BUÑUEL Y LOS "OSCARS"

Tango

Por culpa de la televisión

Esa indiferencia e impotencia para ir más allá de las apariencias que los dueños de la Historia reservan para las fotografías preparadas, ha afectado sobre todo a la casta intelectual. Cobrará esperar, cobrará esperanzas, una reacción más combativa por parte de las principales víctimas de las mixtificaciones, las víctimas de la represión económica, política, sexual, sentimental. Si a esas principales víctimas no les remedia, mucho me temo que esas tangos paródicos que son los principales productos culturales europeos sólo puedan ser enmascarados por el tango del tango paródico, y así sucesivamente. De momento, las principales víctimas de la mixtificación presentan en primera fila ante los pantallas de la televisión, el espectáculo trucado de la realidad. Pero algo hemos ganado. He descubierto un tango de Carlos A. Jornan y Rafael que arrastra la tragicomedia de la alienación televisiva:

Cuando llegaba a mi casa despues de jugar las ocho, me daban mate, bizcochos y la quinta pa'lao, y al cabo de dos horas se maizaba el ambiente con el aroma atrayente de un churrasco en la sartén.

Te lo juro, yo era un camba y no nadie me quejaba. Y el rey de Kapartania, viva represión, ¡y que yo, pobre, quisiera darle la sorpresa, y hoy me agarro la cabeza para ese televisor.

Hay como todo en pastillas, cómo añorar el pucharo y aquel aroma atrayente que venía del sartén, y cuando tire la bronca y tomar un mateo, me dice: Pero, viojo, estoy mirando la televisión.

Y pensar que estoy pagando más a más el aparato laburo hasta los domingos para juntar el tovarón, y para coño de malas, ayer me dijo la «doma»:

¿Me perdonas cuadrito? Estoy loco por Cheyenne.

Tango, tango, tango... M. M. V. M.

Arriba, Marlon Brando contempla a los miembros de la milicia negra «Panther», que asisten, en actitud militar, al funeral por Bobby James Hutton, que resultó muerto durante un tiroteo con la Policía de Oakland en los disturbios de 1968. Abajo, Luis Buñuel, dirigiendo una secuencia de «El discreto encanto de la burguesía», por la que ha obtenido este año el Oscar a la mejor película extranjera.